

Ella sola sabia el secreto de las grandes culpas y de los grandes dolores que encerraba.

Bajo ella reposaban los últimos restos de una noble familia, extinguida por el huracan de las pasiones humanas.

V.

El castillo de la familia de Hugo fué cerrado y condenado al olvido, pues el pariente que lo habia heredado, era uno de los más opulentos señores de la córte, y en lo que ménos pensaba era en que poseia aquella apacible morada.

Ursula quedó, pues, reducida á una soledad completa, y á sus acerbos dolores pasados, sucedió una dulce, aunque muy triste tranquilidad.

Su marido podia haber sido grande á poca costa, acordándole su perdon.

El verdadero, el terrible castigo de Ursula procedia del abandono, de la cobarde ingratitud del hombre á quien tanto habia amado.

Ursula estaba curada de su pasion y triste hasta la muerte.

En la amistad de su marido hubiera hallado quizá más arrepentimiento y más dolores, que en su olvido é indiferencia; las deudas pagadas no hacen ya peso, y Ursula pagó su falta al precio más amargo que un marido puede imponer.

No teniendo derechos, no tenia tampoco deberes, más que respecto de sí misma y de su hija.

Pero en la ruptura del lazo conyugal, de aquel lazo tan dulce, y que durante tantos años los habia unido, no fué Ursula el sér más desgraciado.

Su marido la castigaba; pero la adoraba. Sus hijos no podian llenar el vacío que la compañía y la sola vista de su culpable cuanto desgraciada esposa dejaban en su corazon.

Asombrado vagaba en su gran casa de París, no ya pobre, como cuando vivia con ella, sino rico con la cuantiosa herencia que recogiera en la Martinica: pero, lleno de dolor, se preguntaba de qué le servia aquella riqueza que no podia partir con la que habia llenado su corazon, con aquella cuya imágen no podia separar de su memoria.

¿Dónde estaba el eco dulce y gracioso de la risa de Ursula? ¿Dónde el débil canto, que dejaba escapar como el trino de un pájaro, cuando regaba sus macetas, cuando bordaba, cuando arreglaba sus cajas y sus vestidos? ¿Dónde aquella animacion, aquella vida, aquel rastro luminoso, que Ursula dejaba en pós de sí? ¿Dónde aquel plácido é interesante rostro que pintaba una alma noble, inteligente y buena? ¿Dónde el soplo invisible, perocálido y vivificador que hacia más sabrosa la comida, más blando el lecho, más agradable la casa? ¿Dónde el piadoso y consolador murmullo de la oracion que Ursula hacia

cada noche y cada mañana, arrodillada al pié del lecho conyugal?

El Conde sentia á su alrededor el vacío del sepulcro, porque era un hombre superior, cuya alma no se nutria del vil materialismo; el cieno le horrorizaba y huia de él con el altivo decoro de un instinto delicado y noble; él no podia tener, ni buscar, ni aceptar esos amores pagados, ni esas pasiones culpables y desordenadas que el mundo ofrece; probó á alimentar la ambicion, y no era ambicioso; las intrigas y las decepciones le fatigaron igualmente; se refugió en el estudio de las ciencias, y su helada aridez le espantó de muerte; ¿para qué queria él saber más de lo que sabia, si ignoraba la ciencia de ser feliz, única de que necesitaba?

Ya no sentia sobre su techo el roce de las alas del ángel de la guarda que Ursula imploraba con sincero y cándido fervor; ya no hallaba en sí mismo fuerza ni valor para emprender nada noble; si tenia una alegría, se decia al instante;—¿de qué me sirve si ella no la ha de participar?—Si le agobiaba un dolor, exclamaba; —¡Ella me hubiera consolado!

¡Ella! Esta palabra estaba siempre en el corazon y en los lábios del Conde; ninguno de los hijos de Ursula se la asemejaba; sus hijas eran más bellas; pero bellas con esa hermosura que nada dice al alma; sus hijos se parecian al Conde, y en ninguno de ellos se habia reproducido aquel organismo esquisito,

aquella sensibilidad delicada, aquella inteligencia superior, aquella gracia suprema, inimitable y que nunca se olvida.

Con sólo una palabra, el Conde se hubiera salvado del más atroz de los suplicios: con sólo escribir *ven*, Ursula hubiera ido á su lado con el doble apresuramiento de la gratitud y del deber; pero aquella palabra no se escribió por efecto de esa fuerza varonil que el hombre toma como una prueba de la fuerza de su carácter, y que es, no obstante, la más grande de sus debilidades.

Trás de muchos dias de negras cavilaciones y muchas noches de insomnio, un dia se decidió el Conde á poner por obra un deseo que le devoraba el corazón, sin querérselo confesar á sí mismo; ansiaba ver á su mujer, y este deseo, violentamente combatido en un principio tomó proporciones tan colosales, que llegó á ser más grande que su férrea voluntad.

Habia pasado un año, y su alma estaba hambrienta de la vista de aquella mujer, que era suya y á quien él rehusaba.

Muchos dias perdió el Conde en reconvenirse á sí propio de su debilidad; ocultó aquel deseo á los ojos del mundo entero acusándose de él como de una falta imperdonable; pero, á través de todas sus sábias y profundas reflexiones, una sola idea quedaba como esculpida con caracteres luminosos en el fondo de su alma.

¡Verla!

—Ella no me verá á mí, se dijo como para disculpar ante su razón aquella sublime debilidad de su corazón tierno y generoso; yo me ocultaré, y además iré de noche y nadie lo sabrá.

El Conde pretestó un negocio en Lyon, y dejó á sus hijos con el aya, en su casa de París.

En Lyon tomó un caballo, y se dirigió al humilde y vetusto castillo, que habia visto deslizarse los tranquilos dias de su infancia, y donde á la sazón vejetaba Ursula, pobre, triste y sola.

El edificio tenía sólo un piso, y el bajo; en una de las ventanas de éste, se veía una dulce claridad.

Eran las nueve de la noche; el Conde ató su caballo á uno de los corpulentos árboles, que formaban la avenida del castillo, y se adelantó pausadamente hácia la ventana iluminada.

Era una apacible velada de otoño, de esas que aun están impregnadas con los últimos perfumes del estío.

La ventana del aposento era grande y tan baja, que, acercándose el Conde, podia ver cuanto pasaba en el aposento, con sólo subir algun tanto en las ramas de un árbol, que habia casi tocando á la pared.

Así lo hizo; sirvióse de él, como de una escala, y se apoyó en las ramas más bajas, dirigiendo su vista á través de la ventana entreabierta, con una indescribible palpitation de corazón.

Ursula se hallaba sola, sentada ante una pequeña mesa redonda, que sostenia una lámpara; sobre la misma mesa, habia un libro abierto, en el cual leia la Condesa, apoyando la mejilla en la palma de su blanca y delgada mano.

Aquella suave figura parecia más dulce por el contraste del traje negro que vestia, con la delicada elegancia de su talle, y la gracia tranquila de su rostro; sin embargo, aquel rostro blanco y satinado, como las hojas de la camelia, llevaba el sello de largas y crueles penas; sus ojos, velados por anchos y transparentes párpados, estaban rodeados de una aureola azulada, producto de largos dias de llanto, y de eternas noches de insomnio; en las sedosas masas de sus cabellos castaños, se veian algunos mechones de plata, hijos, no de los años, sino del dolor.

Ursula acababa de cumplir veinte y ocho estios.

Un encaje blanco, al derredor de su esbelta garganta, y otros dos, que servian como de marco á sus manos, constituian todo lo que alteraba su sobrio traje; pero los pliegues de la falda dibujaban una figura griega, con una esquisita pureza y una adorable gracia de líneas.

Ursula prosiguió leyendo algunos instantes; despues, como fatigada, separó su vista del libro; cruzó ambas manos sobre las rodillas; sus hermosos ojos se perdieron en el vacío, y quedó entregada á una meditacion, que debia ser muy dolorosa, porque

muy pronto dos lágrimas cristalinas cayeron por sus mejillas.

A la vista de aquellas dos gotas de llanto, el Conde iba á llamarla; sólo cuando el hombre tiene el corazon muy pequeño puede ver sin conmoverse llorar á una mujer.

Sin embargo, el esposo pudo aún parápetarse tras de su fortaleza; llevó una mano á la boca y bajó del árbol, huyendo para poder sollozar sin que nadie fuese testigo de su generosa pequeñez, de su sublime debilidad.

Desde aquella noche, cada quince dias iba el Conde á ver á su esposa; dos meses despues, ya sólo pudo ver la casa; porque acosada por el frio, Ursula subió á habitar el piso alto, y el bajo, ó destinado á la estacion de verano, quedó mudo y silencioso como un sepulcro.

El Conde, despues de un largo viaje, quedó reducido á contemplar un rayo de luz, que se escapaba de entre las espesas cortinas.

IV

Faint, mostly illegible text on the left page, possibly bleed-through from the reverse side.

VI

Pasó la estacion de los frios, y Ursula se llevó á su hija, Julia Leonor, cuya lactancia estaba terminada. La niña era á la vez para la madre un remordimiento vivo y el único consuelo que en el mundo tenia. La Condesa habia amado tanto á Hugo, que su hija se parecia toda á él; Ursula, que pensaba sin cesar en el padre de Julia, debia transmitir á la fisonomía de su hija la imagen que llevaba en el alma. Habiendo dejado de amar á Hugo, y muerto éste, esta semejanza era otro castigo para la Condesa. Al terminar la primavera, Ursula recibió una carta de París, que la hizo estremecer; la letra del sobrescrito era del Conde, y las armas de éste se veian en el sello. Ursula abrió la carta temblando, y leyó estas palabras, trazadas evidentemente con una mano trémula: «Me quedan ya pocas horas de vida; venid, para

que os quedeis al cuidado de vuestros hijos, que os respetan y os creen inocente; mi deber era conservarles puro y sin mancha vuestro recuerdo; venid; os perdona y os espera,

EL CONDE DE ALBON.»

Ursula lloró amargamente, al leer esta carta.

—¡Ah! exclamó; ¿por qué sólo ha sabido este hombre generoso ser grande al borde de la tumba? ¿Por qué ha sacrificado su vida á ese fantasma que se llama mundo? ¿Por qué ha rehusado ser dichoso? ¡Cruelles leyes del honor! ¡Vosotras habeis impuesto á mi marido un árido sacrificio, que ha dado por fruto su muerte, y que Dios condena, porque él no absuelve á los que dan demasiado tarde su perdón!

Julia volvió al lado de su nodriza, y madama de Albon tomó precipitadamente el camino de París.

Cuando llegó á la capital de Francia, sus hijos salieron á recibirla y la llevaron al lado del Conde, que ya no salía de su habitacion; la Condesa abrazó muchas veces y con un delirio apasionado á los seis niños, que la rodeaban llorando y riendo á la vez, colmándola de besos y de caricias; aquellos pequeños egoistas, que dejaron alegres á su madre, para irse á París tres años ántes, la echaban entonces de ménos, porque su padre, enfermo mortalmente, de nada les podia servir, clavado como estaba en un sillón por su dolencia.

Ursula se acercó al sillón en que el Conde de Al-

bon se hallaba recostado; el desdichado enfermo se asemejaba más á un espectro que á un hombre; el soplo corrosivo de la venganza y del dolor habia desecado toda la sávia de su naturaleza, y habia puesto del color del pergamino sus mejillas y su frente; sobre su cráneo amarillento, se balanceaban algunos mechones de cabellos blancos; sus ojos hundidos estaban apagados; no obstante, al ver á la Condesa, lució en ellos una rara y terrible mezcla de ternura y de rencor, de ódio y de indecible adoracion; dejándose llevar al fin del instinto feroz de la venganza, como para no desmentir la fragilidad humana, el Conde se volvió hácia su mujer, que se habia arrodillado junto á su sillón, y le dijo con voz cavernosa señalando á su vestido negro.

—¿Llevais ya luto por mí, señora?

—¡Le llevo por mi felicidad! respondió Ursula, tomando una mano de su marido, y besándola con humilde ternura, al mismo tiempo que dejaba caer en ella una lágrima.

La grandeza cristiana de aquella respuesta anadó el ruin espíritu de venganza que habia dictado la pregunta, y las llamas del instinto del mal se apagaron en las mejillas del moribundo.

—Ahora que he tenido el honrado valor de llamarte, quisiera tener la facultad de poder vivir, dijo el Conde trás una pausa; pero ya que esto no me sea posible, será feliz mi muerte, si estás á mi lado.